

Los sueños sobre flores son a veces sueños sobre geometría: por ejemplo, los del pintor Medina Mesa. Aparentemente, sus pinturas juegan a la austeridad. En ellas dominan las formas geométricas, sobre todo triángulos, que parecen proponer los elementos de una demostración rigurosa. Esa misma austeridad es una trampa. Aquí el espíritu de geometría se hace socarrón; hace trampa consigo mismo. Se ejercita en dudar de todo. Como si intentara pensar en un rigor alegre (donde la alegría es más o menos visible). Nos invita a no trazar fronteras rígidas ahí donde no existen. Medina Mesa desconfía de los cortes radicales que por doquier quieren poner orden. Sus obras no poseen énfasis, ni tragedia pregonada. Están del lado de la ligereza, de un cierto humor. Plantean problemas importantes (los de la forma, del color, del espacio, los del equilibrio y del desequilibrio, los de la unidad y el estallido, y unos cuantos más). Pero los plantean sin insistir demasiado, con un cierto desapego, con una suerte de desenvoltura, que por lo demás no impiden que las tomemos en serio. En él, la ligereza y la gravedad no son jamás elementos contrapuestos. Todas estas idas y venidas, esta lógica del retorno de lo mismo y de lo siempre diferente es una de las formas que pueden dar a pensar el arte como la ocasión de una suspensión de la temporalidad utilitaria de la vida común. Es esa suspensión, sin duda, lo que deseaba Baudelaire cuando le pedía al artista que se aplicara a "extraer lo eterno de lo transitorio".

Algunos sentirán tal vez aburrimiento ante la repetición de las mismas formas. Deben pensar en este texto oriental, citado por el compositor John Cage: "Si algo aburre al cabo de dos minutos, inténtenlo cuatro. Si el aburrimiento persiste, inténtenlo ocho, dieciséis, treinta y dos y así sucesivamente. Se acaba por descubrir que no había en absoluto aburrimiento, sino vivo interés". Ese sería el modo de funciona-

miento de algunos cuadros. El exceso constituiría un modo de defensa contra el aburrimiento. Permitiría combatir toda "justa medida". Ejemplar resulta, en ese sentido, la actitud de Medina Mesa. Él sabe que el saber no es asunto del arte. Su trabajo que retoma sin cesar sobre los mismos modelos, atestigua de ello: desde hace mucho tiempo, cuando pinta una forma, la pinta hasta el agotamiento. Agotamiento del sentido que va sin fin, pero donde, de repente, se hace un corte, se establece la pausa de una fascinación que bloquea mis ojos y mi

palabra. No se agota la inagotable presencia de la cosa ante él, su poder de fascinación que marca la pausa en el movimiento del sentido. ¿Quiere el pintor despojar esa cosa de los velos de las apariencias, de sus trajes de gala, para desvelar su pretendido secreto? ¿Cree que el arte desvela un sentido secreto? Pinta, creo, para experimentar, por mo-

mentos, la presencia desnuda, insensata, de la cosa. Agota ante ella su atención. Llego un momento en que la cosa permanece presente cuando los ojos dejan de estarlo. Ese agotamiento de la presencia de la mirada sobre las cosas constituye un enigma: ahí se encontraba un punto de irradiación. Es esa esperanza, esa marcha hacia lo neutral la que, abriendo la pintura, requiere una pasión irradiante. Es esa esperanza la que devora al nombre: *como la flor sin nombre*... Es esa esperanza de alcanzar la pintura, la que es el comienzo posible de la representación, y su desobjetivación, su ruina. El triángulo: nada. O casi nada. Y esa casi nada, sin duda, hay que decirlo "con flores", como antaño se aconsejaba que debía expresarse un sentimiento amoroso... Algunas obras, sin duda alguna las que prefiero, nacen a partir de tales pensamientos y los desarrollan. Es sobre ese modo de atención fascinada que las cosas, en arte, vienen al pensamiento.

(Traducción de Juan Manuel Bonet)

## Como la flor sin nombre

EMMANUEL GUIGON

